

El canto que durante las ceremonias entonaron los sacerdotes y sus acólitos, me pareció sumamente triste y conmovedor : era el lastimero acento de un pueblo proscrito y peregrino que va en busca de su redentor.

He estado en los teatros de invierno de todas clases, y en todos los bailes públicos.

Descendí á las Catacumbas de París : éstas sólo son visibles cuatro veces el año : en los meses de Enero, Abril, Julio y Octubre. Gracias á Mr. Jasseau, joven afectuoso y excelente amigo, hijo del respetable señor Jasseau de Burdeos de quien he hablado antes, obtuve una tarjeta para visitar las Catacumbas el día señalado. Seríamos como sesenta visitantes los que descendimos en este lúgubre recinto : provistos cada uno de un hachón encendido, seguimos á nuestro guía que, después de bajar prolongadas escaleras, nos condujo entre un laberinto de calles y callejuelas que figuran una ciudad.

En estas calles, están agrupadas y arregladas con arte y simetría, como los tendidos de fruta en los mercados, ó más bien como los dijes y objetos curiosos de un aparador, las canillas y calaveras de los millares de esqueletos, provenientes de todos los cementerios clausurados en París.

Parece que un genio diabólico se ha entretenido en levantar murallas, y formar relieves y dibujos con los mudos huesos de la infeliz humanidad.

Vense hileras de osamentas, de una longitud interminable.

Calcúlase en 600,000 metros la superficie ocupada por estas Catacumbas, y todas ellas son un hacinamiento artístico y simétrico de huesos humanos.

No hay aquí esas lápidas, capillas y pinturas heterogéneas que en distintas épocas, y bajo la inspiración de diversos cultos, han sido colocadas en las catacumbas de San Genaro en Nápoles, ó de San Calixto en Roma; no hay los diversos pisos que en aquellos subterráneos cementerios, imponen al espíritu; pero hay una cosa más gráfica, y capaz de conmover el corazón más firme : esa gigantesca prolongada muralla de huecas calaveras y descarnados huesos, sobre la que el obrero ha estampado el gusto y la coquetería parisiense.

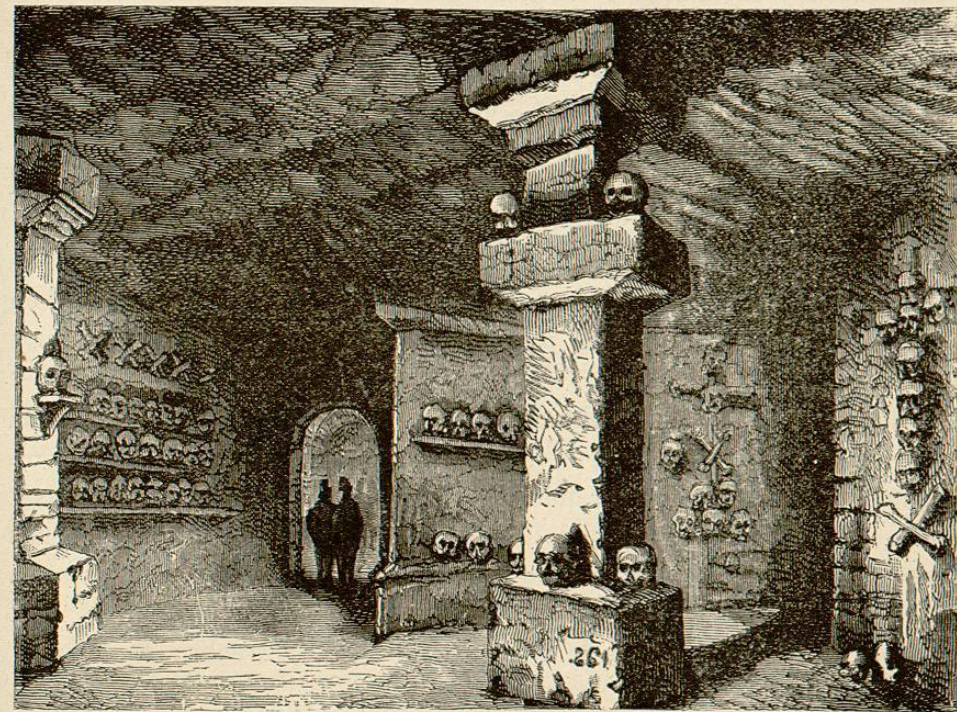
Increíble privilegio : para todo tiene gracia el pueblo parisiense, hasta para hacinar esqueletos.

Las lúgubres y oscuras Catacumbas de Nápoles y Roma inclinan el ánimo á la meditación y aun á la oración; las artísticas cuanto irónicas Catacumbas de París dicen al visitante : *No seas torpe ; goza el día de hoy, que mañana estarás aquí con nosotros.*

En aquellas Catacumbas, los restos están ocultos, sólo se ven inscripciones y lápidas : aquí hay un alarde de ostentación de la parte material : es la ramera que, temiendo no cautivar demasiado con su traje, se presenta desnuda.

De esta irrespetuosa y burlesca exposición, á la venta por toneladas de huesos humanos, para que sirvan de abono á la heredad de algún magnate, no hay más que un paso ; quizá no concluya el siglo sin que lo veamos.

Recuerdo haber visto dos mujeres notablemente hermosas : una, en el Gran Hotel, acompañada de un joven que parecía ser su hermano, y una señora que debía ser su madre ; de unos 18 años, regular estatura, color *apiñonado*, cabello blondo tirando á castaño, formas contorneadas y una fisonomía de belleza y suavidad indefinibles :



PARÍS. LAS CATAUMBAS.

Había en su expresión un tinte de tristeza, que el ojo menos observador podía descubrir. Diríase que era una joven de Viena ó de Varsovia, á quien su familia traía á París, para hacerla olvidar algún amor inconveniente ; pero á quien la magnificencia y tentador bullicio de esta Babilonia en nada distraía de sus recuerdos : su cuerpo estaba aquí, pero su espíritu soñaba en otras apartadas regiones con el dueño de su amor.

Comíamos en la misma mesa : el asiento que me habían asignado era en la cabecera, y á mi derecha estaba esta criatura, seguida luego del joven y la señora. Durante la comida, ni una palabra le oí pronunciar ; ignoro si á causa de

no saber el francés ó por estar en presencia de extranjeros. Ya en los postres, al servirnos unos helados, tuvo un signo de inteligencia con la mamá, como preguntándole si los tomaba : el joven y la señora dijeron alguna frase, en un idioma para mi desconocido, y después que los hubo tomado, se levantaron de la mesa, en el instante que lo hacíamos todos, y la perdí de vista.

La otra belleza que fijó mi atención, no obstante haber aquí tanta mujer de deslumbrante hermosura, fué una preciosa niña que solía pasear por el Pasaje Jouffroy.

La mayor parte de las noches, nos reuníamos á eso de las ocho, un gran número de americanos de raza latina en ese Pasaje, para darnos razón de nuestras aventuras y excursiones ; les comunicaba yo una vez, que había visto transitar por allí una encantadora joven que me parecía la mujer más hermosa y hechicera de París : no acababa de decirlo, cuando varios de los circunstantes empezaron á dar las señas de la joven á quien me refería, conviniendo todos en que efectivamente era un ser privilegiado de sorprendente belleza.

Un Ecuatoriano hizo la observación de que debía ser española, porque al pasar una vez junto á ella le oyó hablar castellano.

Habrían trascurrido veinte minutos, cuando cruzaba el Pasaje la joven de que hablábamos, acompañada de un señor como de cuarenta años y una señora de unos treinta y cinco, ambos muy parecidos, que demostraban ser hermanos : ella debía ser hija de la señora.

Era de corta estatura, llevaba un vestido azul de mar, del ala de su coqueto y modesto sombrero caía un velo plateado de seda finísima, que le envolvía completamente la cara, pero que dejaba trasparentar las más delicadas y correctas facciones, la más apacible, dulce y encantadora fisonomía que jamás he visto. Los ojos eran negros, con un mirar lánguido, que revelaba una alma de ángel, el color de su tez, blanco mate, ligeramente sonrosado ; su cutis tenía esa delicadeza de las hojas de la rosa de Castilla al entreabrir su capullo ; su cabello era finísimo y de color castaño.

La dulce cadencia de sus pasos, su ademán y sus maneras todas, formaban de este ser hechicero, la mujer más encantadora y peligrosa que se puede imaginar.

Dos días después, estando yo como á las seis de la tarde comiendo en un restaurant del Pasaje Jouffroy, fuí sorprendido por la aparición de esta hermosura, que entraba en compañía de las dos personas de que he hablado.

Era la hora de más concurrencia en este local, así es que casi todas las mesas estaban ocupadas. Recorrieron acompañados de un sirviente del restaurant gran parte del salón sin hallar asientos, hasta que divisando mi mesa en que estaba yo solo, y había tres asientos más desocupados, vinieron á sentarse allí.

La suerte no podía hacerme mayor obsequio : la mesa era redonda ; la joven quedó á mi izquierda, la señora á la derecha y el caballero á mi frente.

Con motivo del idioma pronto entramos en conversación : la señora era de Barcelona, lo mismo la niña, su hija, cuyo padre había muerto hacía dos años en Cuba.

El caballero era hermano de la señora.

Hablamos de Barcelona, Madrid y Andalucía y seguían, con verdadero interés la relación que les hacía yo de las cosas notables que había visto en mi viaje por los pueblos de España.

Familia de fina educación, de una conversación muy agradable y carácter comunicativo, hizo que la hora que pasé á su lado me pareciera un instante. La joven, criada en Madrid, es la segunda ocasión que está en París y habla un francés correcto y encantador : en el castellano tiene el gracioso acento madrileño.

Cuando estuve en Barcelona, me sorprendió la hermosura de las Catalanas, pero hallé que su lenguaje las afeaba en sumo grado.

En esta linda criatura, la hermosura catalana se encuentra reunida con el lenguaje de la madrileña y con el traje y las graciosas maneras de la parisiense.

Al despedirnos me ofrecieron su alojamiento, n.º *** del *Hotel de la Terrasse* : yo quedé de irlos á visitar.

Dos veces estuve á ver esa divinidad y me convencí más y más de que era prodigio de hermosura.

Pienso regresar á mi país ; en México principian las primeras chispas de una revolución contra la administración del Señor Sebastián Lerdo de Tejada, y es preciso que yo vuele á mi patria á defender sus libertades y á combatir un gobierno que es un bochorno para la República.

He querido llevar un recuerdo de París á cada miembro de mi familia, á cada amigo y aun quisiera á cada persona conocida. Me he pasado horas enteras recorriendo los aparadores, que llenos de riquezas y curiosidades hacen difícil una elección : todo lo quería adquirir para los míos. Al comprar un objeto, me apenaba ver otro de más valor ; creía cometer un desacato al hacer el obsequio de un objeto, cuando había otros de más mérito y mayor precio.

Si adquiría un aderezo, una alhaja cualquiera para una de mis hermanas, me venía la idea de adquirir otros iguales ó parecidos para las demás, y también para sus amigas.

Escogido el presente para alguno de mis amigos, suponía inferir un agravio á los demás, si no llevaba otro para ellos : creía que tenían derecho á mis recuerdos y presentes el vecino de mi casa, la criada de muchos años de mi familia, la humilde, infeliz lavandera, mis compañeras de baile, el hermano, la sobrina, el cuidador de mis caballos.

A todos los recordaba con un afecto centuplicado por la distancia, y para todos compré una chuchería, un dije, un adorno que les revelara mi cariño.

Los tesoros de un monarca me hubieran sido pocos, si hubiese adquirido todos los objetos que veía y envidiaba para los míos.

He vuelto á ver aquí al Señor Juan N Calderón y á su amable niña y hemos sido en varias ocasiones compañeros de teatros y paseos.

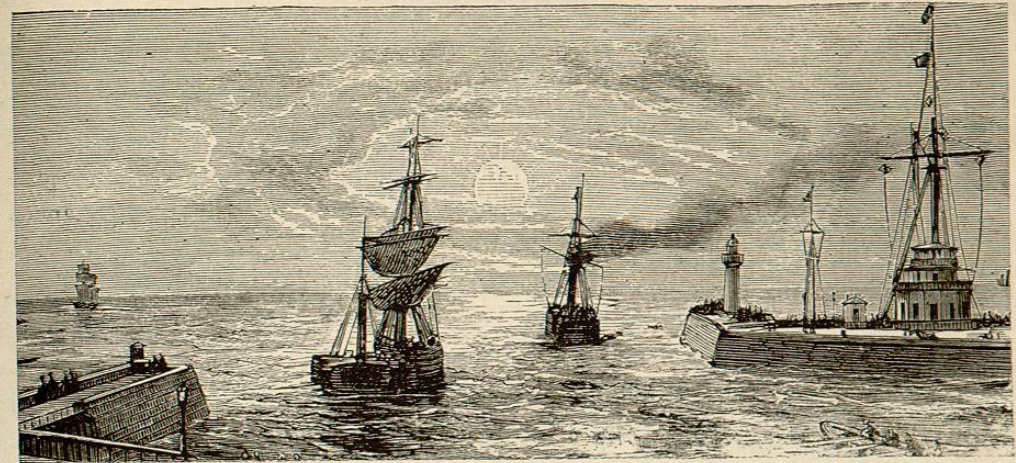
La casualidad me ha proporcionado igualmente la ocasión de encontrar en los Boulevards á los dos jóvenes bañistas, tan buenos chicos, que conocí en Biarritz.

He cumplido con el encargo de mi fino amigo, el general Corona, de enviarle un ligero apunte de mis correrías; y á Estanislao Poll, ese bondadoso joven que dejé en la Babilonia del Norte, en San Petersburgo, le he mandado el retrato ofrecido y mis últimos adioses.

Me voy á América, en donde me esperan tantas afecciones y en donde tengo una familia que adoro; y sin embargo, cuánto siento dejar esta población.

París, es como esas persoñas que tienen grandes vicios, pero cuyo amable trato y seductoras maneras nos halagan y cautivan mientras estamos en su compañía: es solo á larga distancia, poniendo tierra de por medio, como vemos todos sus defectos.

Me he despedido con enternecimiento de mi amigo el Señor Lorenzo Ceballos, que en este pueblo ha sido para mi una Providencia; lo mismo de la amable familia española, de la que forma parte la preciosa Catalana, que daría un mundo por volver á ver.



EL HAVRE. ENTRADA DEL PUERTO.

CAPÍTULO LIII.

DEL HAVRE Á NUEVA YORK.

El Puerto del Havre.—Grupo *Bernardino de Saint Pierre, Pablo y Virginia*.— Reflexiones en alta mar.
— Servicio en vapores ingleses y franceses. — Compañeros de viaje. — Llegada á Nueva York.

25 de Octubre.

Hoy llegué al Havre (228 kilóm.) y salgo á las cuatro de la tarde en el vapor francés, *L'Amérique*, para Nueva York.

Cada minuto me acerca más á mi patria.

El Havre, considerado como segundo puerto de Francia, con cosa de 100,000 habitantes, y situado en la ribera derecha del Sena, puede contener hasta 500 buques, y es una población de un gran tráfico, aunque no de elegantes edificios.

Después de Marsella, el Havre es el puerto más concurrido de Francia: tiene una entrada anual de más de 6,000 buques que suman por lo menos 1,200,000 toneladas.

Cerca del Museo he visto un conmovedor monumento representando á *Bernardino de Saint Pierre*, con los niños *Pablo y Virginia*, hijos de su ardiente y delicada imaginación, y otro monumento de Casimiro Delavigne, ambos escritores nacidos en esta población.